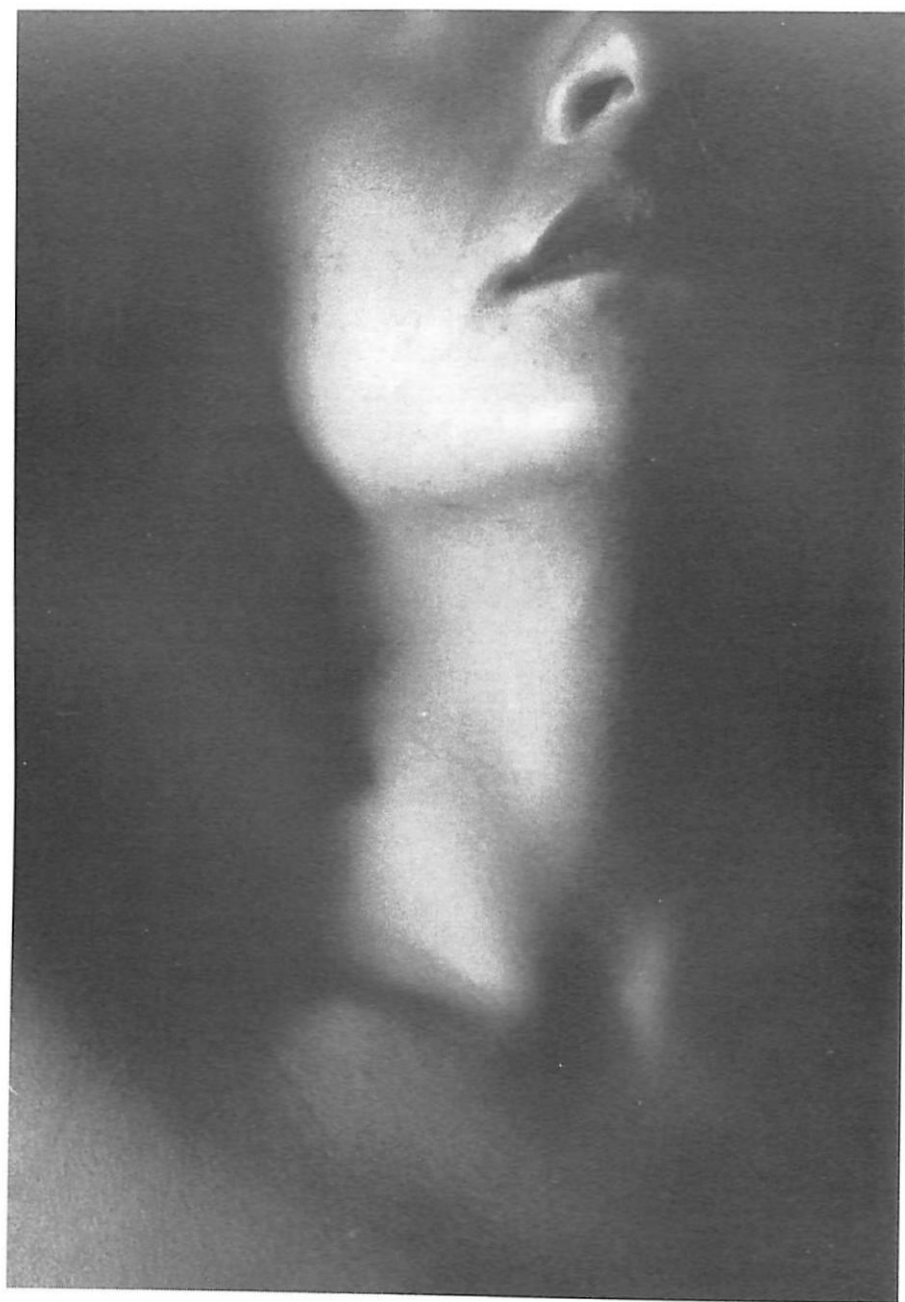


AGUIJÓN



IMÁGENES DE BORGES

TRADUCCIÓN DE
ALFONSO MONTELONGO

¿HAY UN ESCRITOR para el que la vida se haya convertido en cuento, como Borges? No lo creo. Los amigos de Borges penetran a menudo en ese mundo suyo, lleno de misterio, pero él no entra en el mundo de los otros.

Hace mucho dibujé a tinta su retrato. El retrato está en un libro de cubierta rosa, como los cuadernos de nuestra infancia. No se parece a él; sin embargo, en ese torpe retrato parece héroe de la historia argentina y, pensándolo bien, Borges es una especie de héroe.

No sé cuándo ni dónde lo conocí. Me da la impresión de que siempre lo he conocido, como sucede con todo lo que se ama. Tenía bigotes y grandes ojos de asombro.

Hace mucho tiempo que lo conozco, pero más de que lo amo. A veces lo he detestado. Lo he detestado a causa de un perro, y él me ha detestado, supongo, a causa de un disfraz. Comenzaré por el perro.

Estábamos a la orilla del mar durante el verano. Se me había perdido un alegre perro, al que adoraba como se adora a los perros. Lo busqué, llorando, por las calles que daban al mar, tocando en cada puerta, preguntando a cada persona si había visto a un perro de collar rojo, inteligente, de tamaño mediano, café claro, con el pelo cortado, excepto en la cabeza y las patas, sin cola, etcétera. Había sido inútil explicar que se trataba de un caniche; lo mismo daría decir califa o canguelo. Borges miraba y escuchaba, pensando que el asunto del perro era inaudito. Ni una palabra de compasión. Me enojé con él.

—¿Pero estás segura de reconocer al perro?— me preguntó, tal vez para consolarme.

Lo resentí, pensando que él no tenía corazón.

SILVINA OCAMPO (Buenos Aires, 1903-1994), hermana de Victoria y esposa de Adolfo Bioy Casares, perteneció al círculo de los amigos más íntimos de Borges. En su juventud estudió dibujo con Giorgio de Chirico, en París. De su obra poética podemos destacar *Espacios métricos*, *Los nombres* y *Lo amargo por dulce*; de su narrativa, *Viaje olvidado*, *Autobiografía de Irene*, *La furia* y otros cuentos, y *Las invitadas*. Además le debemos *Los que aman, odian* (novela policiaca, en colaboración con Bioy Casares), la *Antología de la literatura fantástica* y la *Antología poética argentina* (ambas en colaboración con Borges y Bioy Casares). El texto *Imágenes de Borges* apareció originalmente en el número especial de "L'Herne" dedicado a Borges (París, 1964). N. DEL T.

Odiar a Borges es difícil, porque no se da cuenta. Yo lo odiaba y pensaba: "es malo, es tonto, me pone triste. El perro es más inteligente que él, pues sabe que todas las personas son diferentes, mientras Borges cree que todos los perros son iguales".

Borges no comprendía mi dolor. Sin embargo, era yo quien no lo comprendía, y lo supe después. Borges ve a los animales como dioses o grandes magos; también piensa, caprichosamente, que cualquier ejemplar de la raza representa a todos. Al abrir una puerta, sé que a veces pregunta al gato de la Biblioteca Nacional (de la cual es director): "¿Se puede entrar?" Confundido, piensa: "pero el gato del vecino, que encuentro al salir de aquí, ¿tal vez sea el mismo que veo detrás de esa puerta!" Si lo halla sentado en su silla, busca otra, para no incomodarlo; a su manera, ama a los animales.

Borges detesta a las personas disfrazadas. Una noche de carnaval, una amiga y yo nos disfrazamos. Nos paseábamos en el jardín y nos acercamos a Borges. Sin cambiar de voz le hablamos, pero él no respondió.

—Soy yo, Georgie, ¿no me reconoces?

No me respondió hasta que me quité el disfraz y la máscara. Entonces se apoyó en un frondoso árbol, que le rozó la cara, y murmuró:

—¿Este también está disfrazado?



Borges tiene corazón de alcachofa. Le encantan las mujeres bonitas, sobre todo cuando son feas, para poder inventarles el rostro a placer. Y se enamora de ellas. Una envidiosa le dijo de otra mujer, que él admiraba:

—No me parece tan bella. Está completamente calva. Se ve obligada a llevar peluca incluso de noche, cuando duerme, por miedo de encontrarse en sueños con un espejo o con gente que conoce.

—Ninguna persona bella se atrevería a ser tan calva —comentó impresionado. Claro, no tendría necesidad, ya que es bella de todos modos.

Y añadió con sincera curiosidad:

—¿Se quedó calva naturalmente? ¿De veras es natural?

Según mi parecer, la dama en cuestión se volvió bella hace dos o tres años, cuando se pusieron de moda las pelucas.



A Borges le encanta el dulce de leche: lo come tan rápido que no tiene tiempo de saborearlo, pero si le ofrecen flan, omelette sorpresa, fresas o calabazas confitadas, responderá lentamente, en inglés, para que el postre no se entere:

—Muy interesante, pero no tengo el valor de destruirlo.





Tomar la cena con Borges es una de las costumbres más placenteras de mi vida. Me permite creer que conozco a Borges más que el resto de mis amigos, pues la hora de la cena es sobre todo la hora de la conversación.

Sin embargo, cuando se acaba de conocer a Borges, es difícil charlar con él, incluso a la hora de la cena; hasta el punto de que no se puede imaginar que su conversación pueda volverse agradable con el tiempo.

Muchos han conocido a Borges en nuestra mesa. Habitualmente, cuando hay varias personas, se dirige sólo a una, siempre la misma, pues nunca abandona la actitud secreta de la intimidad, ni siquiera en las conferencias; sí abandona, incluso con crueldad, a los interlocutores. La persona, o mejor dicho víctima, que quiere hablar con él, trata de entrar en su conversación como el niño que quiere saltar la cuerda cuando sus camaradas lo rechazan. Ocasionalmente hay problemas, pero el niño, luego de vacilaciones, suele entrar al juego; aunque a veces no entra y se avergüenza o se aburre mortalmente.



No estoy segura, y no preguntaría a nadie, ni siquiera a Borges, para verificarlo, pero creo que en la casa donde vivía cuando lo conocí había una estatua de mármol o de piedra, con una fuente de la que brotaba agua. El recuerdo me basta, y la fuente de la que para mí salía agua, creo yo, es símbolo de un manantial literario en el que trataba de saciar mi sed.



En la recámara de la abuela inglesa de Borges, o de su madre, había una vela que ardía todo el tiempo, y una santa imagen bajo una linterna. En los muros de las habitaciones había cuadros y tapices de Norah, la hermana de Borges, que está entre nuestros mejores pintores. Sin embargo, Norah nunca hizo el retrato de Borges. Lástima. Él no se parece en absoluto a los rostros que habitan sus cuadros, rostros indispensables que ella conoce hasta el menor detalle.

Pocos tienen la suerte de poseer un retrato que se parezca a su espíritu. Felizmente, Borges la tuvo. El retrato de Borges existe, y puede reproducirse al infinito, gracias al negativo de una foto que tomó Adolfo Bioy Casares.

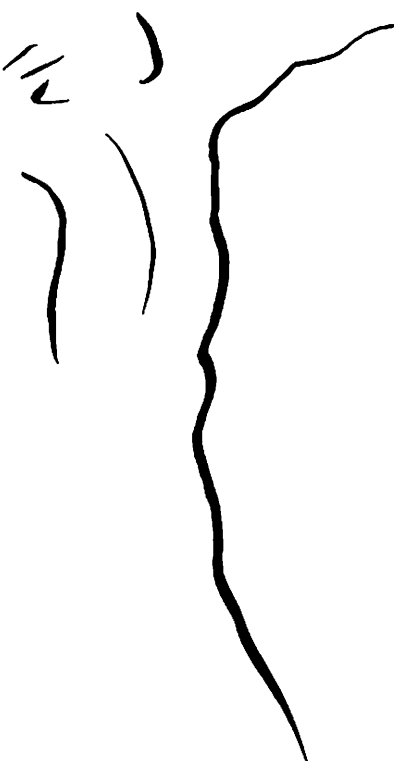


Las circunstancias que intervienen en el nacimiento de una amistad, como en el nacimiento de un ser humano, son muy importantes. Por esto recuerdo en detalle el nacimiento de mi amistad con Borges. Nos rodeaba un grupo de escritores talentosos. Ni la muerte ni las ideas políticas los habían separado aún. Nos reuníamos y charlábamos mucho. Adolfo Bioy Casares escribía, en colaboración con Borges, libros muy importantes que mostraban un mundo inexplorado en las letras argentinas; después tendrían mucha influencia en nuestra literatura. La mayor parte de nuestros amigos desconfiaban de estos libros que, incluso, los escandalizaban. Pensaban que reír tanto no era serio. Después los apreciaron, como se

aprecian las obras difíciles de gozar al primer encuentro: Chaucer, Corneille, Shakespeare, etcétera.

Durante una hermosa velada estival, cerca de Buenos Aires, en la casa campestre de Victoria Ocampo, un admirable poeta desfalleciente, pálido, caído por tierra, casi muerto, murmuraba palabras ininteligibles que tomé por oraciones: rezaba para no morir del todo. Era Jules Supervielle. Le tomé el pulso, apenas perceptible. Quisimos llamar a un médico. "Ya estoy bien", dijo de pronto el moribundo. Era evidente que se había curado a sí mismo. Después me reveló su secreto: cuando estaba a punto de desmayarse decía versos; esto lo sanaba mejor que una medicina. Nosotros, a nuestra manera, hacíamos lo mismo por la salud de nuestra alma: Vivíamos en una atmósfera de poesía pura. Los versos eran los lazos más seguros entre nosotros. Nos encantaba repetirlos, con inflexiones que eran monótonas para otros, conmovedoras para nosotros, a la manera de Borges, no de la Comédie Française. Así nos divertíamos durante las comidas, o los viajes en automóvil, o los paseos a pie, o las desgracias, o las alegrías, o la angustia de una tiranía vergonzosa, a veces grotesca o trágica, cuya voz (terriblemente argentina, debo decirlo) invadía nuestras calles y nuestras casas.

Como hacían los poetas de Alejandría, o Herbert, en Inglaterra, o Apollinaire, hace unos treinta años, y muchos otros, me dan ganas de transcribir estos versos y darles forma de fruta, de ala, de corazón, pues fueron alimento, medio de volar y de amar para nosotros. Quiero dibujar círculos o espirales con sus palabras, círculos que nos encerraban como torres, o nos liberaban como el aire, que también describe círculos:



Yet ah, that Spring should vanish with the rose.

He de cruzar las olas civiles
con remos que no pesan porque van...

Oú ce roi qui n'attendait pas
attendit un jour pas à pas
Condé lassé par la victoire.

Oh noche amable más que la alborada.
Oh noche que juntaste amado con amada...

The troubles of our proud and angry dust
are from eternity and shall not fail.

Yo fui un soldado que durmió en el lecho
de Cleopatra la reina. Su blancura,
su mirada astral omnipotente,
eso fue todo

Que Régulo otra vez alce la frente
y el paso esquive de la casta esposa



—Esta noche tenemos que perdernos— me dijo Borges.

Caminábamos por las calles de Buenos Aires, como en un laberinto.

—Los animales, cuando se pierden, caminan siempre a la derecha, los hombres a la izquierda— me dijo.

Íbamos hacia la derecha, pero ¡ay!, sin llegar a perdernos, pues al cabo de media hora dimos, de pronto, con el puente de Constitución, nuestro punto de partida.

A Borges le gustan los puentes. Le gusta ser argentino. Le gusta quedarse como si partiera, partir como si se quedara. En todos sus viajes busca a Buenos Aires, como el ave busca su nido y el perro su lecho. En Estados Unidos, en Inglaterra, en Escocia, en España, él encuentra su país.

Durante años nos paseamos por uno de los lugares más sucios y lúgubres de Buenos Aires: el puente Alsina. Caminábamos por calles llenas de lodo y piedras. Llevábamos amigos escritores, europeos, norteamericanos y también argentinos. En el mundo no había nada como ese puente. A veces, en el camino que lo cruza hallábamos, en una especie de sueño, caballos o vacas perdidas, como en la campiña más lejana.

—Aquí está el puente Alsina— decía Borges, cuando nos acercábamos a los desechos, el estiércol y el hedor del agua.

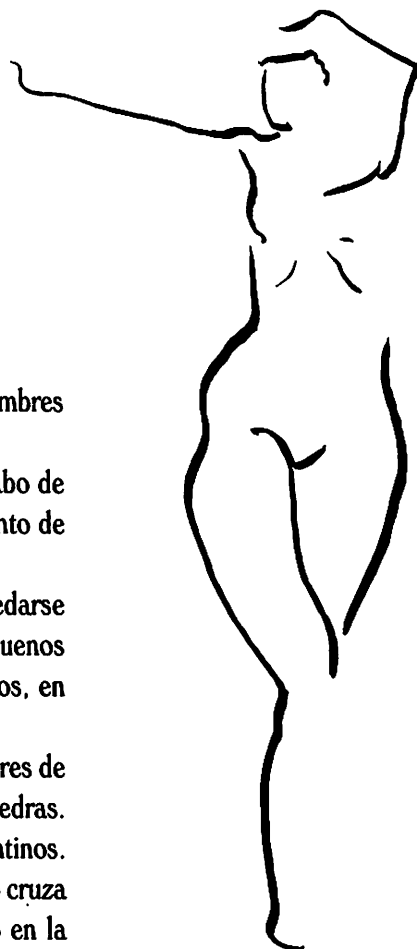
Entonces Borges se regocijaba, pensando que nuestro huésped se regocijaría también.



Borges pasaba sus vacaciones en las cercanías de Buenos Aires, en Adrogué, en el hotel *Las delicias*, merecedor de ese nombre. A unos metros del hotel (hoy desaparecido, pues entre nosotros se destruye todo lo hermoso, y de hecho es lo único que se hace con rapidez) había un jardín y una casa misteriosa, con cuatro estatuas en terracota que representaban las estaciones. El Verano, la más bella, a la luz de la luna parecía estatua de Picasso. Se lo dije a Borges, quien respondió:

—¿Es tan fea?

Cuando yo visitaba a Borges en Adrogué, a cualquier hora, visitábamos las estatuas. No podíamos descubrir quién vivía ahí; finalmente comprendimos que nadie sino las estatuas. Una noche nos dijeron adiós con pañuelos: las palomas se habían posado en sus manos y batían las alas.



Cuando comenzaron a demoler la casa de las estatuas, prometí a Borges que iría a robarlas o comprarlas. Era difícil, y aun imposible, pues nadie aparecía jamás en esa morada. ¿A quién proponer la compra? En cuanto al robo, ni pensarlo: cuando uno se acercaba a las estatuas, ladraban perros fantasma. Finalmente le pedí a una persona a la que no le importaban las estatuas, los perros, Adrogué ni los fantasmas, que las comprara o robara. Y las compró. ¿A quién? Nunca lo sabré. A los perros ladrones, tal vez. Las cuatro estaciones viajaron cuatro horas en tren y llegaron a nuestra casa de campo: el Invierno decapitado, el Otoño sin pechos, el Verano sin brazos, la Primavera sin nariz y sin flores. Pero desde entonces, cuando las veo allá, en nuestro jardín, me parece estar con Borges en Adrogué.



Borges ama su ciudad natal. Casi ama su fealdad más que su belleza. Nuestra querida ciudad ofrece muchas posibilidades. Se diría que perder la vista le dio a Borges más sagacidad para ver. Por ejemplo, Borges descubre una espantosa cabeza que se eleva detrás de una reja, en el cementerio de la Recoleta. De inmediato me lleva a verla. Ya parece bella. Él regresa de vez en cuando, con el mismo entusiasmo que si se tratara de una cabeza descubierta en Pompeya. También ama la provincia de Buenos Aires. Recuerdo ese verso de Ronsard que él repite a menudo:

Navré, poitrine ouverte au seuil de ma province...

Borges ama su provincia como un viajero; en ella descubre un mundo lleno de sorpresas. Las sorpresas no son las cosas sorprendentes, los árboles de grandes hojas, los ruidosos cantos de los pájaros, las flores tan perfumadas, la campiña que nos rodea ni el río de plata; sino la sencillez de un lugar, la fertilidad del abono, un sombrero nuevo entre cáscaras de manzana, la pasta italiana, la extrema pobreza de un paisaje, una manera nasal o *guaranga* de cantar, el genio (deslumbrante de poesía o de estupidez) de las frases toscas o sutiles que se oyen en la calle.

Lo que se le ocurre a Borges, lo que dice, podría o debería haberse escrito (porque es un gran conversador), además de lo que él escribió. Y creo que es feliz. Sólo el espíritu es capaz de dar esa alegría profunda que nace de la creación de la inteligencia. LC

